

Florencia que, como vimos, es un manuscrito íntimamente asociado a la *Historia natural de la Nueva España* de Francisco Hernández. Grandes ausentes en las ilustraciones de *Tesoro mexicano* son las imágenes de lo que queda de la *Historia natural de la Nueva España*. La investigación iconográfica está en camino.

Las joyas de historia natural que aún existen, de las que Giorgio Antei nos da una pequeña muestra en el libro-museo que curó, son otros tantos tesoros mexicanos que hace falta difundir y estudiar. Pero, respecto a la perdida *Historia natural* de Francisco Hernández no nos queda sino lamentar lo inevitable (pues un rayo provocó el incendio) y lamentarnos aún más de la destrucción de los bienes culturales que continúa hasta la fecha por nuestra incuria o iniquidad. Más aún, acaso su destrucción en el incendio de 1671 es un justo castigo retrospectivo por permitir la destrucción de nuestro verdadero *Tesoro mexicano*: la naturaleza y la cultura mexicana misma.

---

Eduardo Matos Moctezuma, *Historia de la arqueología del México antiguo*, 2v., México, El Colegio Nacional, 2017.

por Salvador Rueda Smithers

Al reseñar el libro de Eduardo Matos Moctezuma, obra pensada para el cultivo y el disfrute de los lectores, se corre el riesgo de adelantar su contenido con grosera síntesis y arrebatar la sorpresa a las numerosas miradas que se adentren en su apasionante tema y su fácil escritura. No sería justo ni para el autor ni para quien lo leerá. Por ello me atreveré a preparar al lector para adherirse a la expedición a la que Matos Moctezuma nos invita llevando otro equipaje: el de las conexiones intelectuales, no siempre directas ni visibles. Así, permítaseme ensayar una genealogía de las ideas, a fin de apuntar hacia la originalidad —y, al mismo tiempo, la historicidad— de la nutrida explicación que aquí se nos ofrece en torno al motor de una ya bien cimentada disciplina en nuestro país.

Comenzaré por el título. Se trata de la *Historia de la arqueología del México antiguo*, es decir, de la singular atracción de estos estudiosos por el

pasado remoto. El libro no es, por supuesto, un recuento de proyectos arqueológicos montados en una línea de tiempo centenaria para explicar la progresiva evolución técnica de la disciplina antropológica. Ello, por más que se indique abundantemente en el libro el inmenso abanico de trabajos en campo, agua, laboratorios y gabinetes, en particular en su tomo segundo, dedicado precisamente a la arqueología practicada desde la última mitad del siglo XX. Tampoco es la nomenclatura de los practicantes de la arqueología más o menos afamados, o el catálogo de cada escuela o corriente de pensamiento, o de cada persona con sus características profesionales, logros y especializaciones curriculares, por más que en el libro desfilen copiosamente y con justicia intelectual muy altos nombres. Este libro tiene entre líneas algo más íntimo: es la historia de una vocación que anida individualmente y que crece y se abre desde dentro, que descansa encapsulada y luego florece sin terminar, que se nutre de preguntas obsesivas, de ideas fijas que regresan para probar sus certezas e incertidumbres, de mucho sacrificio y, ciertamente, de obsesiones.

El fermento de la disciplina arqueológica es, sin duda, esa curiosidad innata que lleva a los arqueólogos a buscar entre los jirones de la realidad visible las pruebas de realidades desaparecidas, a buscar entre leyendas y mitos, entre documentos escritos en lenguas apenas comprensibles, en extensos cementerios que habitan dioses mudos, entre piedras envejecidas en las que la mano de lo humano deja ver su diferencia con el entorno mineral. El objetivo es siempre descubrir al hombre en el tiempo, con sus gustos y sus maneras de ver al mundo, observarlo en sus rutinas y en sus tiempos sagrados, admirarlo en sus envolturas culturales o en su simpleza biológica.

Por supuesto, esta manifestación vocacional sigue patrones diferenciados por el flujo de las generaciones, de las corrientes de pensamiento y por el tormento creador de cada cual. Resulta más que obvio que el círculo próximo es siempre el que más peso tiene en el ánimo y en el espíritu. De ellos, como el lector verá, se da buena cuenta en el segundo volumen del libro. Se muestran ahí las discusiones, los diálogos y las colaboraciones entre arqueólogos y proyectos que debieron tocar muy cercanamente a Matos. Aparecen desde los, para nosotros, legendarios Manuel Gamio, Alfonso Caso, Ignacio Marquina, Ignacio Bernal, Spinden y Vaillant, hasta sus colegas de la Dirección de Prehistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH),

Luis Aveyra y Richard MacNeish, o de la formativa Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en las temporadas de trabajo y en los debates académicos, donde aparecen nombres inolvidables como Paul Kirchhoff, Alberto Ruz, Pablo Martínez del Río, Pedro Armillas, Julio César Olivé, Román Piña Chan o Beatriz de la Fuente, por nombrar sólo algunos.

¿Cuál habría sido el entorno que nutrió a Eduardo Matos y que se resolvió en este libro? Tal vez la revisión de ciertas ideas generales que dibujaron el pensamiento corriente de los años germinales de nuestro arqueólogo nos permita un acercamiento al paisaje de fondo para entreverle, no con los utensilios del rescate de entre la tierra, sino vuelto historiador de las ideas de su paisaje más cercano, de su hábitat intelectual.

Matos tenía 22 años cuando, en 1962, George Kubler escribió su importante libro sobre el valor de los objetos, *The shape of time* (trad. *La configuración del tiempo*, 1975). Aunque no fuera tan extensamente cantada su importancia, aquel libro era sin duda el que inauguraba la interpretación de las cosas en relación con el quehacer humano. Serían los lectores de Kubler los que, al dar los pasos siguientes, dibujarían el éxito de su propuesta. En aquel texto, Kubler escribió: “nuestras pruebas más tangibles de que el antiguo pasado humano existió continúan siendo las cosas inanimadas”. “Todas las cosas —continúa Kubler— muestran el paso del tiempo con mayor fidelidad que la que conocemos, y llenan el tiempo con formas de variedad limitada. Al igual que los crustáceos, dependemos para poder sobrevivir de nuestro caparazón exterior; un caparazón de ciudades y casas llenas de cosas que pertenecen a partes definibles del pasado”.

Por supuesto, los arqueólogos de esos años ya se preocupaban por ubicar en aproximaciones cronológicas sus descubrimientos, ya fuera con el cuidado de los registros estratigráficos (legado de Manuel Gamio, como Matos nos explica) o con el acercamiento a las fuentes documentales disponibles (según podrá leerse a lo largo del primer tomo y el comienzo del segundo, con la Escuela Internacional y su influencia en el pensamiento antropológico mexicano, y con la propuesta del mismo Gamio del carácter integral de la antropología). Así lo explica Matos en su *Historia*: no sin tanteos y equivocaciones, revisiones y rectificaciones, la arqueología moderna seguía el rastro de los grupos paleolíticos, estudiaba los primeros maíces domesticados y excavaba en los asentamientos ya propiamente urbanos, en saltos de

millares de años a los que la estratigrafía y el análisis de laboratorio acompañaban a conjeturas y al cambio de las primeras impresiones ilusorias por aproximaciones quizá menos simpáticas pero ciertamente verosímiles. En el primer tomo, por ejemplo, el autor narra las peripecias del afamado hombre de Tepexpan, quien pasó de ser el prototipo primigenio a simplemente, humildemente, persona antigua; o el del camélido de Tequixquiac, todavía misterioso para quienes nos interesamos en las imágenes ausentes en el arte. En el segundo volumen aparece también la anécdota de los restos de Cuauhtémoc en Ichcateopan que, junto al trabajo en Palenque sobre la tumba de Pakal, señala las rutas paralelas entre la ideología y la ciencia.

Pero, con algunas excepciones, los arqueólogos se acercaban al terreno propio de los historiadores y ordenaban sus saberes en una narración de secuencias cortadas y de rupturas que mostraran nacimiento y muerte de hombres y sociedades. Me atrevo a decirlo: pensaban casi a la manera de las ciencias naturales. Hasta comienzos del siglo XX no hacían historia, no leían en los tiestos, ofrendas, tumbas o herramientas el suceder del tiempo de los hombres, sino tan sólo sus instantes. Hasta el periodo de la institucionalización, que Matos relata en el capítulo VII —aun con el ejemplo del gigantesco Manuel Gamio entre 1917 y 1922 con su estudio de los pobladores del valle de Teotihuacán—, se atrevieron a preguntarse más allá del orden silencioso de las ciudades, a saber de sus habitantes de ayer y de hoy con la contingencia de la historia. Parecía que se detenían en la frontera de lo evidentemente comprobado (que en general no era mucho). Como al sabio Lucano, les era suficiente que en cada piedra se adhiriera una leyenda. Al igual que los precursores que habitan cinco de los seis capítulos iniciales, es decir, casi todo el tomo I, los modernos arqueólogos conjeturaban épocas y culturas hundidas en ese pozo insondable, en esa profunda oscuridad llamada “prehistoria”, el principio del teatro universal de lo humano. Se dejaba al historiador encontrar las múltiples formas del tiempo, para usar otra vez a Kubler.

Con todo, la generación de arqueólogos que nació con el INAH durante el Renacimiento Mexicano del cardenismo hasta aquella que se educaría en la década de 1960 dejaría de sentirse cómoda como exploradora de las orillas del pasado, en la región ignota de la antigüedad. Fueron años en los que se valoró al arte prehispánico —desde las pequeñas joyas de la Tumba 7 de Monte Albán hasta la Coatlicue o el enorme Tláloc del Museo Nacional

de Antropología, desde los códices hasta las pinturas murales de Tepantitla y Bonampak— hasta hacerlo aceptable por la estética moderna. Idea persistente y afortunada.

Este último grupo de arqueólogos arriesgaría a proponer mecanismos interpretativos, a poner en duda cronologías de horizontes culturales y a estructurar modos de producción asiáticos entre controladores reales y rituales del agua. Se intentó entonces conocer los secretos de sociedades complejas asentadas en urbes lo mismo que de campesinos aldeanos y de nómadas equipados con lo mínimo necesario para vivir en regiones hostiles. Uno de esos jóvenes arqueólogos se llamaba Eduardo Matos. Hoy, en este libro, pudorosamente, mira a sus maestros y contemporáneos a su lado, muy cerca de su hombro, de lleno, admirándolos en sus fatigas descubridoras. Son ellos el tema de la parte final de su relato.

Es posible marcar un referente más. Al amanecer del decenio siguiente, en 1970, apareció la primera edición en castellano del aún ahora inquietante libro de Michel Foucault, *La arqueología del saber*. En su texto introductorio, el famoso filósofo francés señala una mutación en las maneras de ver y buscar entre las huellas materiales del pasado. Dicha mutación fue paradigmática, por lo menos, en las corrientes de transmisión de saberes del pensamiento occidental. Escribió Foucault:

Digamos, para abreviar, que la historia, en su forma tradicional, se dedicaba a “memorizar” los *monumentos* del pasado, a transformarlos en *documentos* y hacer hablar esos rastros que, por sí mismos, no son verbales a menudo, o bien dicen en silencio algo distinto de lo que en realidad dicen. En nuestros días, la historia es lo que transforma los *documentos* en *monumentos* [...]. Hubo un tiempo en que la arqueología, como disciplina de los monumentos mudos, de los rastros inertes, de los objetos sin contexto y de las cosas dejadas por el pasado, tendía a la historia y no adquiriría sentido sino por la restitución de un discurso histórico; podría decirse, jugando con las palabras, que, en nuestros días, la historia tiende a la arqueología, a la descripción intrínseca del monumento (p. 16-17).

Las ciencias sociales, a querer o no, abrevaron de este libro-manantial. Los departamentos disciplinarios y gremiales rompieron los enrejados pro-

tectores. Historiadores, antropólogos y sociólogos incursionarían en los territorios del saber convencionalmente vedados hasta entonces. El Matos historiador crecería en el seno del arqueólogo. Baste un botón de muestra. Por esos mismos momentos transformadores, Matos ofrecía a los lectores su celebrado *Muerte al filo de obsidiana*, fascinante texto sobre las cargas simbólicas del propósito de la vida y de la occisión ritual entre los mexicas. Uno de los volúmenes de SepSetentas que acercaron a los antropólogos, sociólogos e historiadores con el público no especialista. Al terminar la década, en 1979, la editorial Porrúa sacaría a la luz el libro de Ignacio Bernal, *Historia de la arqueología en México*, obra benemérita que introduce a la aventura de explorar y descubrir entre edificios y esculturas inquietantes, desde los antiguos novohispanos que se preguntaban por el origen de los indios hasta el científico triunfo de los tepalcates. Bernal demoró su relato en algo que sería fundamental: lo que se esperaba de la arqueología era que demostrara la existencia de civilizaciones americanas equivalentes —o casi— a las de la antigüedad mediterránea. La oferta de Bernal —junto a la propuesta del historiador Juan Antonio Ortega y Medina sobre el “monroísmo arqueológico”— permitirían a Matos examinar otras rutas del conocimiento. No hay duda que mucho debe Matos a la obra de Bernal (a quien puntualmente cita a lo largo de varios pasajes), a la fuerza de este intento pionero de explicación de logros y no pocas equivocaciones.

Sin embargo, desde los primeros capítulos, Matos apunta su deuda intelectual con Manuel Gamio y su agudo sentido antropológico. Cita Matos la forma en que Gamio definía la investigación antropológica: “Las investigaciones tendrán un *carácter integral*, pues comprenderán el estudio de las manifestaciones culturales, tanto las intelectuales (mitología, ideas estéticas, etc.) como las materiales (construcciones, cerámica, implementos diversos, etc.); el de los restos humanos, el de los restos animales y el del ambiente físico-biológico local”.

De manera simultánea a las reflexiones sobre la relación entre arqueología y antropología, entre pasado histórico y presente (objeto de *Forjando patria*, texto de Gamio de 1916), Matos también ensayaba la arqueología como disciplina que devolvía el mundo antiguo a los hombres vivos, que regresaba las ciudades ya secas del largo pasado prehispánico al uso, conocimiento, valor y disfrute de los mexicanos que nos asumimos como brotes

herederos de aquellas hondas raíces. Comenzaba ya a ensayar un modo distinto de explicarse el motivo esencial, ontológico, de la arqueología mexicana; lo que movía su curiosidad, más que sus efectos y productos, estará en el centro de la preocupación de Matos: “¿desde cuándo el dato arqueológico nos señala la presencia de sociedades estratificadas en donde el estado regula el todo social? ¿Desde qué momento vemos que en el continente americano existen sociedades que en su proceso de desarrollo alcanzaron niveles diferentes a los del común de los pueblos del continente llegando a lo que algunos autores llaman *civilización*?” (p. 49). Tula, Teotihuacan, Tamtok, Mitla, Monte Albán, Palenque, con todos sus rincones y detalles de identidad propia; Tenochtitlan y su Templo Mayor con sus esculturas enterradas y edificios posibles, desfilan en el segundo tomo con la gratitud y mirada crítica debidas a sus estudiosos del siglo XX.

Llegó la década de 1990 y comenzó entonces la polémica, el debate que da sentido al primer tomo: ¿cuándo nació en realidad la arqueología mexicana? Matos propuso los papeles de legitimación en 1790, misma que el INAH asumió y celebró. La explicación de Matos fue el triunfo del sentido común: el 13 de agosto de 1790, con el descubrimiento de las dos piedras en la Plaza Mayor de México, adquiriría rostro esta historia de la búsqueda del mundo prehispánico. El éxito de la apuesta radicó en un incontrovertible hecho: aunque desde tiempo antes existieron exploraciones y amagos de levantar un museo con antigüedades indianas, ninguna logró la trascendencia simbólica de asentarse como cimiento de la patria criolla. Con el peso de este acontecimiento como plataforma, la estrategia narrativa del Matos historiador quedó finalmente formulada.

El árbol ya se había ramificado para entonces. En Tula, la ciudad enigma de los años sesenta, el equipo de Matos dio resultados precisos en 1976. Aunque el punto nodal tal vez sea 1978, cuando asumió la dirección del proyecto del Templo Mayor con los logros que todos conocemos. Una secuencia lógica que habla de la coherencia intelectual de la labor profesional de Eduardo Matos y sus colaboradores que, con otras obras escritas en torno a la realidad mexicana en el espacio sagrado del Templo Mayor de Tenochtitlan, miran con agudeza cada signo, cada pequeña señal, cada indicio que los lleve a entender el origen, florecimiento y caída de los mexicas y su ciudad. Los objetos, los artefactos, en cualquier rincón donde se descubran,

tienen un sentido oculto que es develado. Los rasgos de refinamiento artístico, lo mismo que el corazón de las tinieblas, se vuelven palabras sabias en el quehacer cotidiano de Matos y su equipo.

Ya en 1993 José Emilio Pacheco prefiguraba la ruta que seguiría nuestro arqueólogo e historiador de la arqueología para llegar a este libro, cuya primera edición apareció en 2010 en coedición del INAH y Jaca Book, como parte del ambicioso —y precioso— proyecto titulado *Corpus precolombino*. En aquel entonces, José Emilio Pacheco escribió: “su campo de trabajo abarca 40 000 años. Su tarea consiste en descender a los abismos de la historia, hallar el tiempo perdido, hacer presente lo pasado y devolver la vida a lo muerto”. Pacheco, quizás sin proponérselo, daba la razón a Foucault cuando indicó que el destino intelectual que Matos se dibujó ya no sería tan sólo el de enriquecer el clásico de Ignacio Bernal, sino el de hacer un mapa muy diferente: “El pretérito no es menos misterioso que el porvenir y como el de ahora, está en cambio constante [...]. Eduardo Matos es uno de los grandes reveladores de ese pasado que nos constituye y uno de los grandes maestros de su estudio y revaloración” (p. 10-11).

Me parece que en la factura de este libro, Eduardo Matos no buscó sólo acumular datos. El libro fue tomando forma poco a poco con la acumulación de experiencia y la formulación de preguntas que fueran por un trayecto diferente al de la historiografía y la admiración por los maestros. Por sus páginas desfilan las descripciones de los afanes evangelizadores de frailes extrañados por las costumbres de los habitantes a los que tenían que arriar al cristianismo, la curiosidad casi científica de Sigüenza y Góngora en el siglo XVII, la de León y Gama en el Siglo de las Luces, la inquietud romántica que floreció lo mismo entre los exploradores de las selvas mayas que en los artistas admiradores de Teotihuacan o Xochicalco en el siglo XIX, el fundacional nacionalismo de Manuel Gamio (y su extremoso compañero en la ciudad muerta, el pintor zacatecano Francisco Goitia), el erudito Alfonso Caso que planteó caminos de la identidad, el sistemático Bernal y los contemporáneos de la segunda mitad del siglo de la Revolución que veían —para usar las palabras del propio Bernal— a la arqueología como una pasión de la vida y no como curiosidad intelectual.

Tal es el bagaje que da densidad a lo pensado por Matos. Eso explica por qué inquiría antes y busca todavía hoy por igual y con la misma curio-

sidad ante su propio trabajo en el campo y en el gabinete, por qué mira las antiguas piedras labradas y escucha las voces ausentes de los ancestros ante documentos legales, crónicas, leyendas, mitos o ruinas. Escribe y excava, interpreta y acumula la información, siempre girando a la pregunta central sobre la relación entre los monumentos y la historia que se olvidó conforme las ruinas crecían hasta volverse paisaje montuoso.

Vale un apunte más. Es evidente el trabajo editorial en la selección de las imágenes. Éste es un libro que tiene dos lecturas, una textual y otra iconográfica. La de las fotografías permite acercarnos a las referencias temáticas del libro, pero también entender que las sociedades que crearon artefactos útiles para la vida material, fueron tocadas por el espíritu creador de líneas y volúmenes sin más utilidad que el placer de mirarlos.

Doble escritura y lectura paralela. Lo mismo podemos atestiguar la proporción humana de Isabel Ramírez Castañeda, Eulalia Guzmán, Manuel Gamio, Ignacio Marquina, Alfonso Caso, Ignacio Bernal, Román Piña Chan o a Eduard Seler con su impresionante delgadez, o los dibujos sobre las exploraciones en Azcapotzalco, Cuicuilco, Teotihuacan, o las recargadas urbes oaxaqueñas, veracruzanas, mayas o las más sencillas nortenas. El lector se sorprenderá al hacer un recorrido por las esculturas de los antiguos pobladores prehispánicos, separados tal vez por milenios de historia, pero avvicinados en analogías agradecibles en estas páginas que hacen eco a la entrañable imaginación del arte como esfuerzo intelectual del hombre en cualquier época y lugar.

Quisiera terminar con una idea de Octavio Paz, imagen que abrevia con la inobjetable precisión matemática de sus palabras aquel misterio que empuja a la arqueología como inquietud intelectual y moral entre los modernos, misterio que invita a asomarse a los fondos más profundos del pasado histórico por ser una colectiva pasión vital. Escribió Paz en 1990 lo siguiente: “El México precolombino, con sus templos y sus dioses, es un montón de ruinas pero el espíritu que animó ese mundo no ha muerto. Nos habla en el lenguaje cifrado de los mitos, las leyendas, las formas de convivencia, las artes populares, las costumbres. Ser escritor mexicano significa oír lo que nos dice ese presente, esa presencia. Oírla, hablar con ella, descifrarla: decirla...”. No ha sido otra la tarea de Matos como arqueólogo y como historiador. Descifra el largo flujo civilizatorio prehispánico con los ojos de

hoy, pero descubre también a los curiosos aventureros, eruditos y profesionales que desde hace casi medio milenio persiguieron esas huellas arcaicas y abrieron el camino cuya cartografía las generaciones siguientes han trazado y vuelto a imaginar y a medir.

---

Ximena Chávez Balderas, *Sacrificio humano y tratamientos postsacrificiales en el Templo Mayor de Tenochtitlan*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017.

por Eduardo Matos Moctezuma

El Templo Mayor de Tenochtitlan fue escenario de numerosas acciones rituales. Este espacio sagrado demandó la realización de ofrendas, sacrificios, funerales y otras actividades que, a lo largo del tiempo, se tradujeron en la conformación de un vasto acervo de evidencia material que permite comprender diversos aspectos de la dinámica social mexicana. Uno de los componentes más importantes de los depósitos rituales fueron los restos óseos humanos, los cuales no conforman un *corpus* homogéneo, pues fueron inhumados en distintas ocasiones y con diferentes fines, como detallaremos a lo largo de esta investigación (Chávez, 2017: 13).

Con estas palabras Ximena Chávez nos introduce en un tema fascinante que viene a ampliar el conocimiento acerca de las prácticas sacrificiales y el tratamiento que se hacía de los cadáveres. En este libro podemos adentrarnos en los pormenores de dichas prácticas a través de cuatro capítulos: el primero se refiere al sacrificio humano; el siguiente, a la evidencia ósea y la violencia *perimortem* en el Templo Mayor de Tenochtitlan; los dos últimos, a la decapitación ritual en general y a la realización de esa práctica en el Templo Mayor. Tras estos capítulos se presentan anexos que incluyen el inventario osteológico estudiado, los gráficos y, finalmente, el catálogo de la colección analizada.

Si repasamos brevemente el contenido del libro y los capítulos mencionados nos daremos cuenta, por un lado, de la seriedad del estudio empen-